

LOS NUEVOS DICTADORES

EL ROSTRO CAMBIANTE DE LA TIRANÍA EN EL SIGLO XXI

SERGEI GURIEV Y DANIEL TREISMAN

Cómo una nueva
generación de
dictadores mantiene
el poder

manipulando
la información
y erosionando
las instituciones

Los nuevos dictadores

El rostro cambiante de la tiranía
en el siglo XXI

SERGEI GURIEV
DANIEL TREISMAN

Traducción de Marta Valdivieso



EDICIONES DEUSTO

Título original: *Spin Dictators: The Changing Face of Tyranny in the 21st Century*

© Sergei Guriev y Daniel Treisman, 2022

© de la traducción: Marta Valdivieso, 2023

© Centro de Libros PAPP, SLU., 2023

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2023

Depósito legal: B. 6.603-2023

ISBN: 978-84-234-3569-2

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso por Black Print CPI

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

Prefacio a esta edición.....	11
Prefacio	25

INTRODUCCIÓN

1. Miedo y manipulación	31
-------------------------------	----

PRIMERA PARTE

Cómo se hace

2. Vigilar, pero no castigar	77
3. Propaganda posmoderna.....	119
4. Una censura razonable	157
5. Democracia para dictadores	201
6. Saqueo global.....	237

SEGUNDA PARTE

Por qué ocurre y qué hacer al respecto

7. El cóctel de la modernización	289
8. El futuro de la manipulación.....	327
Bibliografía	369

Miedo y manipulación

Los dictadores han cambiado. Los tiranos clásicos del siglo xx —Adolf Hitler, Iósiv Stalin, Mao Zedong— fueron figuras desbordantes responsables de la muerte de millones de personas. Se propusieron construir nuevas civilizaciones dentro de sus fronteras, que protegieron con firmeza y a veces expandieron. Eso significaba controlar no sólo el comportamiento público de la gente, sino también su vida privada. Para hacerlo, crearon un partido disciplinado y una policía secreta brutal. No todos los dictadores de la vieja escuela fueron asesinos genocidas o profetas de algún credo utópico. Pero incluso los menos sanguinarios fueron expertos en transmitir miedo. El terror era su herramienta para todo.

Sin embargo, hacia finales de siglo, algo cambió. En todo el mundo, los hombres fuertes empezaron a aparecer en las reuniones con traje formal en lugar del uniforme militar. La mayoría dejaron de ejecutar a sus oponentes en estadios de fútbol abarrotados. Muchos volaban a la conferencia empresarial que se celebra anualmente en el resort suizo de Davos para codearse con la élite mundial. Estos nuevos dictadores contrataban encuestadores y asesores políticos, hacían programas de radio o televisión a los que los ciudadanos podían llamar y enviaban a sus hijos a estudiar a universidades occidentales. No aflojaron en absoluto

el control sobre la población. Al contrario, trabajaron para diseñar instrumentos más eficaces para ejercerlo. Pero lo hicieron mientras actuaban como si fueran demócratas.

No todos los autócratas han dado este paso. Kim Jong-un, de Corea del Norte, y Bashar al Asad, de Siria, podrían aparecer en un álbum de déspotas del siglo xx. En China y en Arabia Saudí, los gobernantes han digitalizado el viejo modelo basado en el miedo, en lugar de sustituirlo. Pero el equilibrio mundial ha cambiado. Entre los líderes no democráticos actuales, la figura representativa ya no es un tirano totalitario como Iósiv Stalin, un carnicero sádico como Idi Amin o incluso un general reaccionario como Augusto Pinochet. Es un manipulador hábil, como Viktor Orbán de Hungría o Lee Hsien Loong de Singapur, gobernantes que fingen ser humildes servidores del pueblo.³⁸

Este nuevo modelo se basa en una idea brillante. El objetivo principal sigue siendo el mismo: monopolizar el poder político.

38. Sobre cómo el Partido de Acción Popular, actualmente en el poder, domina en Singapur, véase, por ejemplo, Freedom House, *Freedom in the World 2021*: «El sistema político parlamentario de Singapur está dominado desde 1959 por el partido en el gobierno, Partido de Acción Popular (PAP), y por la familia de Lee Hsien Loong, el actual primer ministro. El marco electoral y jurídico que ha construido el PAP permite cierto pluralismo político, pero limita el crecimiento de unos partidos de la oposición creíbles y limita las libertades de expresión, reunión y asociación». En septiembre de 2020, el primer ministro Lee Hsien Loong puso en duda la posibilidad de que otro partido pudiera gobernar el país: «¿Es realmente cierto que un día, si se produce un cambio de gobierno, un nuevo partido dirigirá Singapur igual de bien...? Es como decir que cualquiera puede ser director de la Orquesta Filarmónica de Nueva York» (Loong, «PM Lee Hsien Loong at the Debate»). Para otras caracterizaciones que consideran este sistema como no democrático, véanse Morgenbesser, *Behind the Façade*, pp. 146-147, y George, *Singapore, Incomplete*, pp. 115-122. Sobre cómo Orbán ha desmantelado la democracia, véase Ash, «Europe Must Stop this Disgrace»; Beauchamp, «It Happened There»; y *The Economist*, «How Viktor Orbán Hollowed out Hungary's Democracy». Entre los clasificadores de regímenes políticos, en los últimos años, Variedades de Democracia (V-Dem) considera tanto a Singapur como a Hungría no democracias, y Freedom House califica a ambos como sólo «parcialmente libres». Polity califica a Singapur como una no democracia, pero a Hungría (en 2018) todavía como una democracia.

Pero los hombres fuertes de ahora son conscientes de que, en la situación actual, la violencia no siempre es necesaria, o ni siquiera conveniente. En lugar de aterrorizar a los ciudadanos, un gobernante hábil puede controlarlos si reconfigura las creencias de su pueblo sobre el mundo. Puede engañarlos para que se conformen e incluso lo aprueben con entusiasmo. En lugar de reprimir con dureza, los nuevos dictadores manipulan la información. Al igual que hacen los asesores de comunicación política en una democracia, retuercen las noticias para conseguir apoyo. Son *dictadores de la manipulación*.³⁹

El rompecabezas de Putin

Llegamos a este tema a través de un caso particular. En marzo de 2000, los rusos eligieron presidente de la Federación Rusa a un antiguo teniente coronel del KGB con poca experiencia política, Vladímir Putin, quien aseguró que aceptaba los principios de la democracia, aunque la realidad era que sus instintos tiraban claramente en otra dirección. Durante algún tiempo, no fue obvio —quizá ni siquiera para él— hacia dónde llevaría a su país. Con el gran crecimiento de la economía, su popularidad se disparó.

Putin mantuvo la apariencia democrática mientras hacía hincapié en la necesidad de construir un Estado moderno y cohesionado. Al principio, la centralización del control pareció razonable, tras la turbulenta década de 1990. Pero siguió adelante y, pasado un tiempo, resultó evidente que las medidas que estaba adoptando para fortalecer el Poder Ejecutivo —su poder— estaban debilitando los controles y equilibrios. El margen para el debate opositor político se estrechó.

39. En trabajos previos (Guriev y Treisman, «Informational Autocrats», «A Theory of Informational Autocracy» y «The Popularity of Authoritarian Leaders»), utilizamos el término *autocracia de la información* para este modelo de gobierno. En este libro, nos referimos al mismo modelo como *dictadura de la manipulación*. Para un excelente estudio de algunos casos recientes, véase Dobson, *The Dictator's Learning Curve*.

El ariete que rompió las ataduras democráticas fue la propia popularidad de Putin. La utilizó para conseguir que sus partidarios fueran elegidos en el Parlamento y para intimidar a los indisciplinados gobernadores regionales del país. Con una mezcla de imposición de la ley y apoyos empresariales, domesticó a los medios de comunicación, que habían estado dominados por magnates, pero eran competitivos. Aunque mantuvo la celebración de elecciones nacionales, él y sus colaboradores dejaron cada vez menos al azar. Putin y su partido, Rusia Unida, habrían podido ganar casi siempre unas elecciones libres y justas. Aun así, recurrieron a presiones y engaños para inflar sus grandes victorias.

Las democracias nunca son perfectas. Durante un tiempo, las deficiencias de la política rusa se parecieron mucho a las de otros países semilibres y de renta media, como Argentina, México y Rumanía. Esos Estados casi siempre padecen corrupción, elecciones poco limpias y una poco asegurada libertad de prensa. Los líderes políticos abusan con frecuencia de su autoridad sobre la policía y los jueces. Con todo, estos fallos suelen coexistir con cierta rendición de cuentas ante los ciudadanos.

Sin embargo, cuando Putin volvió a la presidencia en 2012, después de cuatro años como primer ministro, era evidente que estaba utilizando una estrategia diferente. A finales de 2011, una oleada de manifestaciones se había extendido, por Moscú y otras ciudades, en protesta por el fraude en las elecciones parlamentarias de ese año. La visión de hasta cien mil personas en las calles alarmó a Putin y a sus asesores. Contraatacaron y detuvieron a manifestantes pacíficos, expulsaron del Parlamento a los políticos desleales y acosaron a los medios de comunicación independientes que quedaban.

Ambos observamos de cerca el desarrollo de este proceso. Serguéi dirigía una universidad en Moscú especializada en economía y asesoraba al gobierno ruso. Daniel era profesor en Occidente, donde estudiaba la política poscomunista de Rusia. En la primavera de 2013, Serguéi recibió la visita de unos agentes de seguridad de Putin, que se incautaron de sus correos electrónicos y copiaron el disco duro de su ordenador. Había participado

en la redacción de un análisis decisivo sobre la última sentencia judicial contra Mijaíl Jodorkovski, un multimillonario que había sido encarcelado acusado de cargos dudosos. Al parecer, al Kremlin no le gustó este análisis. Poco después, Serguéi se trasladó a Francia.⁴⁰

El sistema que Putin ha forjado en Rusia es claramente autoritario. Pero se trata de un tipo de autoritarismo inusual. A diferencia de Stalin, Putin no ha asesinado a millones de personas ni ha encarcelado a otras tantas. Incluso Leonid Brézhnev, que lideró la Unión Soviética en una última fase menos dura, entre 1964 y 1982, encerró a miles de disidentes en campos de trabajo y hospitales psiquiátricos, prohibió todos los partidos de la oposición y no celebró elecciones que fueran mínimamente competitivas. No estaba permitido que la oposición celebrara mítines. Todos los medios de comunicación transmitían un discurso ideológico tedioso. Las emisoras de radio extranjeras estaban bloqueadas y un oxidado telón de acero impedía viajar al extranjero a la mayoría de los ciudadanos.

El régimen de Putin, que ya tiene más de veinte años, es diferente. No ha seguido el estilo de censura soviético. Se pueden publicar periódicos o libros que llamen dictador al hombre del Kremlin.⁴¹ El truco está en que la mayoría de la gente no quiere leerlos. El sistema tampoco se ha basado en el miedo, aunque eso tal vez esté cambiando ahora. Se producen actos esporádicos de violencia política, normalmente en circunstancias turbias, pero el Kremlin siempre niega cualquier responsabilidad.⁴² Y, aunque

40. Para más detalles, véase Barry, «Economist who Fled».

41. Esto puede sonar raro viniendo de alguien que se enfrentó a la vigilancia de los servicios de seguridad por algo que ayudó a escribir. Pero en el caso de Serguéi, lo que llamó la atención del Kremlin no fue la crítica a las autoridades rusas en la prensa —ésta sigue siendo bastante habitual—, sino que, en su opinión, había interferido en un caso judicial políticamente delicado.

42. En febrero de 2015, Borís Nemtsov, líder de la oposición a Putin, fue asesinado al lado del Kremlin. Un antiguo oficial de seguridad checheno fue condenado a prisión por el asesinato, junto con cuatro cómplices. Pero nunca se demostró quién ordenó el asesinato (véase Nechepurenko, «Five who Killed»). Vladímir Kará-Murzá, político y activista de la oposición, fue envenenado dos

los rivales políticos de Putin están cada vez más preocupados, la mayoría de los rusos no parecen asustados.⁴³ Muchos han aceptado sin problema la visión sesgada de la realidad que los medios de comunicación de Putin han contribuido a formar. Durante el comunismo, las autoridades intentaban crear, con los desfiles del Primero de Mayo y las elecciones rituales, una ilusión de consentimiento. Con Putin, muchos rusos consintieron las ilusiones.⁴⁴

veces mientras se encontraba en Rusia, y casi muere en ambas ocasiones (Eckel y Schreck, «FBI Silent on Lab Results in Kremlin Foe's Suspected Poisoning»). Luego, en 2020, Alekséi Navalni, el líder de la oposición, también fue envenenado con un compuesto de novichok, un agente nervioso raro (Bennhold y Schwirtz, «Navalny Awake and Alert»). En todos estos casos, el Kremlin negó cualquier responsabilidad.

43. Ataques como los perpetrados contra Nemtsov, Kará-Murzá y Navalni envían un mensaje claro a los activistas que se oponen al Kremlin. Pero ¿la gente normal siente miedo? Esto, por supuesto, es difícil saberlo con certeza. Sin embargo, varias pruebas sugieren que no, al menos hasta hace poco. Cuando en 2019 el Centro Levada, una organización independiente y respetada, preguntó a los encuestados qué sentimientos de una lista habían experimentado con más intensidad recientemente, sólo el 7 por ciento de ellos incluyó «miedo». Cuando se les preguntó qué creían que habían experimentado otras personas de su entorno durante el año anterior —quizá una pregunta menos delicada—, sólo el 13 por ciento dijo «miedo». La respuesta más común, elegida por el 36 por ciento, fue «cansancio, indiferencia». Encuestados varias veces entre los años 2003 y 2017 sobre si temían un «regreso a la represión generalizada», como mucho el 30 por ciento dijo que sí (en 2013), menos de los que ese año confesaron que temían una guerra mundial, atentados, catástrofes naturales, el desempleo y el sida. Sin embargo, el porcentaje de encuestados que teme una represión generalizada ha aumentado desde 2017, alcanzando el 52 por ciento en 2021, lo que muy posiblemente indica el final del experimento de Putin con la manipulación (véase Centro Levada, «Kharakter i struktura massovoy trevozhnosti v Rossii»). En el Capítulo 4, aportamos pruebas de que, en general, en las dictaduras de la manipulación, la mayoría de las personas no tienen miedo a expresar opiniones críticas cuando se las encuesta.

44. En 2020-2021, mientras escribíamos este libro, aumentó el uso de medidas severas contra la oposición a Putin, e incluso contra algunas personas que sólo habían expresado opiniones contrarias. El número de presos políticos pasó de 45 a 81 entre finales de 2014 y agosto de 2021, según la organización de derechos humanos Memorial, y otros fueron aparentemente encarcelados por sus

Cuando empezamos a examinar el sistema que estaba surgiendo, nos dimos cuenta de que el estilo de gobierno de Putin no era único. Desde Hugo Chávez en Venezuela hasta Viktor Orbán en Hungría, los líderes no democráticos estaban utilizando un conjunto de técnicas comunes.⁴⁵ Bastantes de ellos se inspiraban en el pionero de este nuevo estilo, Lee Kuan Yew. A partir de la década de 1960, el que durante muchos años fue líder de Singapur convirtió su país en un formidable modelo de control político. Tal vez parezca sorprendente. Singapur dice ser una democracia, y a menudo se la considera como tal. Celebra elecciones periódicas. Pero una innovación clave de los nuevos autócratas es precisamente afirmar que son democráticos. «Usted tiene de-

creencias religiosas (Memorial, *Annual Report, 2013-14*, p. 20; Memorial, *Spisok lits, preznannykh politicheskimi zaklyuchennymi*). Las protestas fueron reprimidas y se detuvo a miles de personas. Como analizamos en el Capítulo 8, las dictaduras de la manipulación, como la de Putin en sus primeros años, pueden volver a la represión violenta cuando una grave crisis económica o la modernización social hacen que la manipulación deje de ser viable. Es poco probable que estas tácticas funcionen durante mucho tiempo, pero, aun así, quizá sean la mejor opción del gobernante en ese momento.

Tal vez sea lo que está ocurriendo ahora en Rusia. Sin embargo, aunque mayor que antes, la cifra de presos políticos sigue siendo de decenas, no de miles. Los asesinatos políticos son mucho menos frecuentes que bajo la mayoría de los «dictadores del miedo» de los que hablamos en el libro, y la implicación del Estado se oculta, aunque a veces con ineptitud. El Kremlin sigue fingiendo que las elecciones que convoca son libres e imparciales y que se permiten las manifestaciones pacíficas. YouTube sigue en buena medida sin estar censurado. Aunque cada vez están más asediados, los medios de comunicación independientes, como *Novaya Gazeta*, y los encuestadores independientes, como el Centro Levada, siguen publicando. Los castigados por delitos políticos son acusados de extremismo, terrorismo o delitos no políticos. Al final, Navalni fue encarcelado en 2021 por una supuesta estafa a una empresa de cosméticos. En abril de 2021, las autoridades calificaron su red política como «vinculada al extremismo», obligándola a disolverse (Sauer, «End of an Era»; Roth, «Russian State Watchdog Adds Navalny»). A principios de 2021 vemos a Rusia en la frontera entre la manipulación y el miedo, moviéndose hacia este último.

45. Como abordamos más adelante en este capítulo, existen algunas similitudes con algunos políticos populistas de democracias, como Silvio Berlusconi y Donald Trump.

recho a llamarme lo que quiera —replicó Lee en una ocasión a un periodista crítico—, pero... ¿necesito ser un dictador cuando puedo ganar sin esfuerzo alguno?»⁴⁶ Se le olvidó añadir que ganar siempre, sin esfuerzo alguno, era la señal que identifica a un dictador moderno.

Tiranos del siglo xx

¿Qué es exactamente una dictadura? En la República romana, en la que se originó el término, significaba una concesión temporal del poder absoluto a un líder para que resolviera alguna emergencia. Ahora, la palabra se utiliza para referirse a cualquier gobierno no democrático. Se ha convertido en sinónimo de autoritarismo y autocracia. En este libro, nosotros la usaremos con ese sentido. Una democracia, a su vez, es un Estado cuyos líderes políticos son elegidos en elecciones libres y justas, en las que todos —o casi todos— los ciudadanos adultos tienen derecho a votar. En una democracia *liberal*, a las elecciones libres se suman el Estado de derecho, unas libertades civiles protegidas por la Constitución y controles y equilibrios institucionales.

Antes del siglo xx, ningún Estado era del todo democrático. Incluso los que celebraban elecciones libres y justas negaban el voto a la mayoría de las mujeres.⁴⁷ En 1900, sólo cinco países tenían sufragio universal *masculino*, y entre ellos no estaba Estados Unidos, donde, en el sur de Jim Crow, los afroamericanos estaban privados del derecho al voto.⁴⁸ Excepto unas pocas repú-

46. Safire, «Essay: the Dictator Speaks».

47. Antes de 1900, la isla de Man, las islas Cook y Nueva Zelanda permitían a las mujeres votar en las elecciones nacionales, pero ninguno de estos lugares era un Estado independiente, sino una colonia, un protectorado o territorio del Reino Unido (Teale, *Forging the Franchise*, pp. 1-3). En otros sitios, las mujeres que tenían propiedades podían votar, normalmente en las elecciones locales. En algunos estados de Estados Unidos (por ejemplo, Wyoming, Colorado, Utah e Idaho), todas las mujeres tenían derecho al voto.

48. Eran Francia, Bélgica, Suiza, Grecia y Canadá (utilizamos el índice lé-

blicas con sufragio restringido, como Estados Unidos, la mayoría de los sistemas políticos se clasificaban en tres categorías: *monarquías*, en las que gobernaba un rey o una reina, limitados a veces por una Constitución y un Parlamento parcialmente representativo; *oligarquías*, en las que gobernaban facciones de ricos, y *colonias*, administradas por una potencia extranjera.

Esto cambió en el siglo xx, cuando la democracia se propagó en tres grandes olas.⁴⁹ La primera alcanzó su punto álgido en torno a 1920, cuando surgieron nuevos Estados a partir de los imperios europeos destruidos en la Primera Guerra Mundial y los gobiernos occidentales liberalizaron las reglas de votación. La segunda se produjo entre finales de la década de 1940 y principios de la de 1960, cuando los ganadores de la Segunda Guerra Mundial impusieron la democracia a los perdedores y las antiguas colonias de Asia y África celebraron elecciones. La tercera ola —un verdadero tsunami— empezó en Portugal en 1974 con la Revolución de los Claveles, se aceleró con el colapso del comunismo en 1990 y alcanzó su punto álgido a mediados de la década de 2000. En 2015, más de la mitad de los países, que albergaban al 53 por ciento de la población mundial, eran democracias electorales, y alrededor de uno de cada cuatro era una democracia liberal.⁵⁰

Sin embargo, aunque la democracia se expandía, la dictadura no desapareció; las dos primeras olas democratizadoras fueron seguidas de retrocesos. En dos períodos desalentadores, pareció que los gobiernos libres se desmoronaban. El primero tuvo lugar en la década de 1930 —una «década mezquina y deshonestá», en palabras de W. H. Auden—, cuando los autoritarios arrasaron el

xico de la democracia electoral; véase Skaaning, Gerring y Bartusevicius, «A Lexical Index»).

49. Huntington, *La tercera ola*; Markoff, *Olas de democracia*.

50. A partir de la base de datos Variedades de Democracia (V-Dem), versión 10, utilizando el índice «régimenes del mundo», que en 2015 clasificó al 23,5 por ciento de los países como democracias liberales. Véase Coppedge *et al.*, «V-Dem Codebook V.10». De hecho, el porcentaje de democracias es incluso mayor, porque V-Dem no incluye a varias pequeñas islas caribeñas y asiáticas que son democracias.

continente europeo. La dictadura no sólo se recuperó: mutó. En algunos países, como Yugoslavia y Rumanía, las monarquías aguantaron. Pero, junto con ellas, surgieron nuevas formas de tiranía mejor adaptadas a una política de masas que la propia democracia había preludiado. Durante y después de la Primera Guerra Mundial, millones de trabajadores y veteranos sin experiencia política votaron por primera vez. Lo hicieron tras una masacre mundial que había desacreditado la creencia liberal en el progreso continuo.

Se propusieron dos nuevos tipos de régimen para movilizar a las clases bajas: el comunista y el fascista. Los dos prometían una transformación completa de la sociedad. Los bolcheviques de Vladímir Lenin pretendían levantar el comunismo sobre los restos del Imperio ruso. Los nazis, durante el mandato de Adolf Hitler, planearon un imperio ario. Tras llegar al poder, ambos obligaron a la sociedad a aceptar una ideología que sintetizaba los garabatos del líder. Raymond Aron las llamó *religiones seculares*. Al igual que las fes tradicionales, enunciaban verdades que no debían cuestionarse, desviaban la atención de la miseria presente hacia un futuro utópico y definían rituales que podían separar a los verdaderos creyentes de los herejes.⁵¹ Tanto Lenin como Hitler inspiraron a imitadores en Europa y otros lugares.

Un tercer modelo, el corporativismo, también nuevo, no pretendía movilizar políticamente a las masas, sino desmovilizarlas para que se centraran en la vida privada. El objetivo de algunos conservadores, como António de Oliveira Salazar en Portugal y Francisco Franco en España, era restaurar la deferencia social y la jerarquía católica.⁵² En lugar de ruidosos parlamentos, crearon cámaras consultivas en las que representantes seleccionados de diferentes grupos sociales podían asesorar al líder. Como los otros dos tipos, el corporativismo nació del descontento con el presente. Pero, mientras los fascistas y los comunistas intentaban esca-

51. Véase Aron, «The Future of Secular Religions».

52. Pinto, «Fascism, Corporatism and the Crafting of Authoritarian Institutions».

par a un futuro imaginado, los corporativistas esperaban volver a un pasado imaginado.

El fascismo murió entre las llamas de la Segunda Guerra Mundial, mientras que el comunismo sobrevivió y se extendió. El corporativismo aguantó en España y Portugal, con ecos lejanos en regímenes como el de Juan Perón en Argentina.⁵³ La segunda ola autoritaria empezó en la década de 1960, cuando la democratización de la posguerra perdió fuerza. Las frágiles repúblicas poscoloniales cayeron en manos de despiadados hombres fuertes, y las juntas militares se hicieron con el poder en una América Latina económicamente inestable. En esta cohorte de dictadores, algunos pretendían, al igual que los comunistas y los fascistas, movilizar al pueblo para que los apoyaran activamente. Otros, como los corporativistas, trataron de acallarlos. Los revolucionarios socialistas, como Nasser en Egipto (un movilizador), compartieron el escenario mundial con reaccionarios partidarios del libre mercado, como Pinochet en Chile (un desmovilizador), y cleptócratas, como Mobutu en Zaire (otro desmovilizador). Muchas veces, los envejecidos regímenes comunistas pasaron de la movilización a la desmovilización, mientras seguían aferrándose a las mismas doctrinas revolucionarias, las cuales se volvieron cada vez más ritualizadas.

Como sugiere este breve repaso, los dictadores del siglo xx fueron diversos. Aun así, en general compartieron ciertos rasgos. Para empezar, una amplia mayoría utilizó la *represión violenta*. La usaron para remodelar la sociedad, para extraer recursos de la población y para derrotar y desalentar a la oposición. La magnitud de las matanzas fue variable. A Stalin y Mao se les atribuyen decenas de millones de muertos. Otros se las arreglaron con «sólo» unos miles (por ejemplo, Ferdinand Marcos en Filipinas) o unos cientos (por ejemplo, Chadli Bendjedid en Argelia).⁵⁴ Durante sus mandatos, la intensidad de la violencia que ejercían los líderes podía fluctuar. Algunos, como el general Franco, llegaron

53. Véase, por ejemplo, Wiarda, *Corporatism and Comparative Politics*.

54. Sobre Marcos, véase Hutchcroft, «Reflections on a Reverse Image». Sobre Bendjedid, véase Stone, *The Agony of Algeria*, pp. 64-65.

con un estallido; otros, como Bashar al Asad, intensificaron las matanzas más tarde. En cualquier caso, la mayoría dejó un rastro de sangre.⁵⁵

Y la mayoría mostraron públicamente la violencia de manera deliberada. Convirtieron los asesinatos en una forma de teatro macabro. Algunos ejecutaban a sus oponentes políticos ante grandes audiencias. Por ejemplo, Mobutu, en Zaire, ahorcó a cuatro exministros del gobierno ante una multitud de cincuenta mil personas.⁵⁶ O exhibían los cadáveres de los rivales para aterrorizar a sus seguidores. El hombre fuerte de Haití, Jean-François Duvalier, llamado Papa Doc, colocó durante tres días un cuerpo sin cabeza en la esquina de una calle de Puerto Príncipe con un cartel que decía «RENEGADO».⁵⁷ Casi todos adoptaron una retórica amenazante para sembrar inquietud y desalentar cualquier desafío. En Irak, Sadam Huseín hablaba de «cortar cuellos» y de «malhechores [...] que han clavado su daga envenenada en nuestra espalda».⁵⁸ En España, Franco advirtió de la «subversión interior» de un enemigo que «acecha las ocasiones para penetrar».⁵⁹

Al mismo tiempo, la mayoría de los dictadores del siglo xx ejercieron un *control exhaustivo sobre las comunicaciones públicas*. Algunos prohibieron o nacionalizaron todos los medios de comunicación privados. Otros censuraron la prensa e intimidaron a los periodistas. En el caso de los ciudadanos, la observancia de las normas que regían las intervenciones públicas habladas o escritas se convirtió en una prueba de lealtad, parte del mecanis-

55. Hubo algunas excepciones en las que la represión fue relativamente poco brutal, como la del líder independentista keniano Jomo Kenyatta y varios emires del golfo Pérsico. Pero, en comparación con las últimas décadas, las estrategias poco violentas fueron raras, como documentamos en el Capítulo 2. Incluso aquéllos, como el populista argentino Juan Péron —durante cuyo gobierno se cometieron pocos asesinatos políticos—, con frecuencia encarcelaron a miles de disidentes (véase, por ejemplo, Blankstein, *Perón's Argentina*, p. 204).

56. French, «Anatomy of an Autocracy».

57. Natanson, «Duvalier, Terror Rule Haiti, Island of Fear».

58. FBIS Daily Report, «Saddam Speech Marks Revolution's 22nd Anniversary».

59. Franco, «Mensajes de fin de año».

mo utilizado por los líderes para mantener el orden. Criticar el régimen era, en general, un tabú.

Al igual que con la violencia, los dictadores no ocultaron la censura. Algunos, como Hitler y Mao, quemaron libros en enormes hogueras. Otros, como Pinochet, enviaron soldados para «higienizar» las librerías. La Unión Soviética creó una agencia de censura explícita, Glavlit, para purgar de temas prohibidos todas las emisiones y publicaciones. Los castigos podían ser brutales. Los escritores críticos solían desaparecer y acabar en campos de prisioneros. La propaganda estatal también era evidente y a menudo agresiva. Se generaba en departamentos de propaganda y comunicaba —de manera omnipresente y con estilo autoritario— la fuerza y la determinación del régimen, así como cualquier otro mensaje concreto.

Muchos dictadores trataron de *aislar a sus países*. El confinamiento casi siempre fue incompleto. La mayoría de los Estados autoritarios comerciaban con sus vecinos; y algunos, cuando creían que podían salirse con la suya, los invadían. Pero casi todos observaban el mundo exterior con recelo. Los visitantes poco fiables, la información inconveniente y otros contaminantes se bloqueaban en la frontera. Los admitidos eran vigilados. Cuando la tecnología lo permitía, los dictadores bloqueaban las emisiones extranjeras, y con frecuencia censuraban o prohibían los periódicos extranjeros. Muchos no dejaban salir a sus ciudadanos, con la esperanza de limitar el conocimiento del mundo y conservar la mano de obra.⁶⁰ En la mayoría de los países comunistas, viajar al extranjero requería la aprobación del gobierno; en algunos, como Albania y Rumanía, intentar emigrar sin permiso era un delito capital.

Por último, aunque los líderes totalitarios presumían de una identificación mística con su pueblo, los principales dictadores del siglo xx se *burlaron de la democracia parlamentaria* tal como se practicaba en Occidente. Muchos afirmaron que estaban construyendo órdenes políticos nuevos y superiores. Los más descarados robaron la propia palabra *democracia* —como en

60. Torpey, «Leaving: a Comparative View», p. 24.

«República Democrática Alemana» o «República Popular Democrática de Corea»—, pero subvirtieron su significado, eliminando cualquier rastro de pluralismo o vínculo con lo liberal. Algunos líderes poscoloniales, como Kwame Nkrumah, en Ghana, consideraban que las elecciones multipartidistas eran un legado de los imperialistas. Las instituciones parlamentarias, dijo, sólo ofrecían «caos, confusión, corrupción, nepotismo y miseria». ⁶¹ Mobutu, en Zaire, declaró simplemente: «La democracia no es para África». ⁶² Cuando había elecciones, éstas eran más una celebración del gobernante que una ocasión para decidir.

En resumen, la mayoría de los dictadores conservaron el poder mediante la represión de cualquier oposición, el control de todas las comunicaciones, el castigo a los críticos, la imposición de una ideología (a menudo), los ataques al ideal de democracia pluralista y el bloqueo de la mayoría de los flujos transfronterizos de personas e información. El principio clave que respaldaba todas estas prácticas era sencillo: la intimidación. El autócrata típico del siglo xx era un dictador del miedo.

Nuevos y mejorados

Sin embargo, en la década de 2000, cuando miramos a nuestro alrededor vimos algo diferente. En la mayoría de los países no democráticos, los hombres que estaban al mando parecían salir de otro molde. Estaba Hugo Chávez, un carismático exparacaidista que se apropió de las ondas de Venezuela para seducir a los pobres de su país. Chávez marginó a la oposición, pero encarceló a pocos de sus miembros, y a la mayoría de ellos sólo después de

61. Davidson, *Black Star*.

62. Daniszewski y Drogin, «Legacy of Guile, Greed, and Graft». Una excepción fueron algunas juntas militares latinoamericanas, que prometieron restaurar la democracia en cuanto hubieran librado al país de los subversivos. Los líderes del Partido Revolucionario Institucional (PRI) de México también afirmaban, al igual que los dictadores de la manipulación, que gobernaban democráticamente.

que un golpe de Estado fallido casi lo derrocaria.⁶³ En Singapur estaba Lee Hsien Loong, un brillante tecnócrata educado en Cambridge, quien publicaba fotografías de amaneceres en Facebook y patrocinaba una ONG que promovía la bondad.⁶⁴ En las trece elecciones parlamentarias celebradas desde la independencia del país, el Partido de Acción Popular de Lee había ganado más del 89 por ciento de los escaños, igualando casi al Partido Comunista de la Unión Soviética.⁶⁵ Aun así, en 2015, Singapur sólo tenía un «preso de conciencia», según Amnistía Internacional: un bloguero de dieciséis años arrestado por publicar una caricatura obscena.⁶⁶ En Rusia, Vladímir Putin negaba que su régimen tuviera algo de antidemocrático. Sus matones se especializaron en un acoso poco visible y perseguían a sus objetivos con procesos judiciales inventados. Estos tres líderes eran partidarios de la apertura internacional, celebraban elecciones con frecuencia y presumían de altos índices de aprobación. A primera vista, un caudillo latinoamericano, un superdotado intelectual y un antiguo espía con aspecto de esfinge no tenían mucho en común. Pero eso hizo que los paralelismos fueran aún más intrigantes.

¿Eran estos líderes estrictos con trajes bien planchados tan diferentes de sus predecesores como aparentaban? Y, si así era, ¿qué explicaba el cambio?

Hemos dedicado varios años a pensar en estas cuestiones. Para empezar, nos metimos de lleno en la literatura sobre autocracias, pasadas y actuales, concentrándonos en historias, trabajos de ciencia política, relatos de periodistas y una serie de otras fuentes. Empezamos de manera inductiva, y buscamos patrones de cómo los gobernantes dominaban sus sociedades. Esta lectura nos convenció de que Chávez, Lee y Putin, entre otros, compartían, de hecho, un *modus operandi* distintivo, que se centra-

63. Véase Chacon y Carey, «Counting Political Prisoners in Venezuela».

64. Rachman, «Lunch with the FT».

65. Morgenbesser, *Behind the Façade*, p. 138; Fernandez, «GE2020».

66. Amnistía Internacional, *Singapore*. El adolescente, Amos Yee, fue condenado a cuatro semanas de cárcel.

ba más en la conformación de la opinión pública que en la represión violenta. Cada uno de ellos era único en algunos aspectos, pero los elementos comunes definían una escuela de gobierno autoritario distinta del planteamiento que había dominado en el siglo xx.

Pero ¿cómo estar seguros? Primero, para comprobar el razonamiento, formulamos nuestra interpretación de la estrategia como un modelo matemático. A continuación, tratamos de medir hasta qué punto ésta se había generalizado. Rastreamos en las bases de datos existentes, reunimos información sobre los gobiernos autoritarios y recopilamos nuevos datos por nosotros mismos. Éstos confirmaron que, en efecto, se había producido un cambio llamativo: se había pasado de la dictadura del miedo a la de la manipulación. En los siguientes capítulos (en los apartados titulados «Verificación de las pruebas») nos referiremos a estas estadísticas. Para quienes estén interesados, en los artículos que hemos publicado en revistas académicas se explican los detalles, y en el suplemento online pueden consultarse gráficos y tablas adicionales.⁶⁷ En estas páginas nos centraremos en casos característicos, ejemplos ilustrativos e historias. El libro se basa en investigaciones y datos, pero no es una monografía académica. Nuestro objetivo es esbozar la historia de la evolución del autoritarismo y sugerir una interpretación. Con ese fin, documentamos la expansión de los dictadores de la manipulación y describimos los métodos que utilizan para mantenerse en el poder.

En este proceso, nos ha influido una serie de trabajos recientes sobre ciencia política y economía.⁶⁸ Algunos son bien conocidos; otros merecen una audiencia más amplia.

Muchos académicos, por ejemplo, han tratado de explicar la estabilidad de las autocracias clásicas y violentas, los regímenes

67. Guriev y Treisman, «Informational Autocrats», «A Theory of Informational Autocracy» y «The Popularity of Authoritarian Leaders». Se puede acceder al suplemento online a través de: <<https://spindictators.com/>>.

68. Dos de los muchos trabajos importantes son Geddes, Wright y Frantz, *How Dictatorships Work*, y Svobik, *The Politics of Authoritarian Rule*. Para un análisis de los modelos formales de la política autoritaria, véase Gehlbach, Sojin y Svobik, «Formal Models of Nondemocratic Politics».

que llamamos dictaduras del miedo. ¿Cómo evitan esos gobernantes ser derrocados por revoluciones? Una forma de hacerlo, como han demostrado nuestros colegas, es intimidar a los ciudadanos con propaganda que transmite el poder y la firmeza del dictador.⁶⁹ Otra es evitar que los posibles rebeldes se coordinen para planear ataques.⁷⁰ Si actúan juntos, los ciudadanos pueden conseguir una mayor seguridad para todos. Por eso, los dictadores deben mantenerlos divididos y aterrorizados.⁷¹

Estos argumentos aclaran por qué algunos dictadores del miedo del siglo xx sobrevivieron tanto tiempo y por qué, al final, en muchos casos, sus regímenes se desmoronaron de repente. Pero no explican demasiado sobre aquéllos cuyo estilo es nuevo. La mayoría asume que la gente odia al dictador: sólo el miedo le impide rebelarse. Pero ¿y si a los ciudadanos les gusta de verdad su gobernante y no quieren atacarlo? En la Rusia de Putin, el Singapur de Lee y la Hungría de Orbán sin duda ha habido revolucionarios. Pero siempre han constituido una minoría. En estos casos, el líder ha sido —si puede decirse así— genuinamente popular.⁷² Para sobrevivir, los dictadores de la manipulación no entorpecen la rebelión, sino que eliminan el deseo de rebelarse.

69. Huang, «Propaganda as Signaling».

70. Un trabajo fundamental es Kuran, «Now out of Never». Otros artículos que se centran en la prevención de la coordinación pública son Kricheli, Livne y Magaloni, «Taking to the Streets»; King, Pan y Roberts, «How Censorship in China Allows Government Criticism but Silences Collective Expression»; Edmond, «Information Manipulation, Coordination, and Regime Change»; y Chen y Xu, «Information Manipulation and Reform».

71. Otros trabajos importantes estudian cómo los dictadores evitan el otro peligro principal, además de la revolución, que es ser derrocados por un golpe de Estado (Svolik, *The Politics of Authoritarian Rule*; Myerson, «The Autocrat's Credibility Problem»; Boix y Svolik, «The Foundations of Limited Authoritarian Government»; Egorov y Sonin, «Dictators and Their Viziers»); o bien cómo captar a otras personas relevantes y con información privilegiada compartiendo las recompensas del cargo. En este último caso, la cuestión clave es a cuántas de ellas captar (Bueno de Mesquita *et al.*, *The Logic of Political Survival*). Tenemos poco que añadir aquí sobre estas cuestiones.

72. En el Capítulo 4, volveremos a la cuestión de cómo se pueden juzgar los verdaderos sentimientos de las personas en una sociedad autoritaria.

Otros trabajos recientes han descrito algunas características de las dictaduras de la manipulación. Casi todas las autocracias actuales celebran elecciones, y no en todos los casos se trata de rituales vacíos. Como ha apuntado Andreas Schedler, vivimos en una época de autoritarismo electoral. En un libro influyente, Steven Levitsky y Lucan Way señalaron que muchas de las elecciones convocadas por los dictadores son, aunque injustas, libres en cierta medida. Los partidos de la oposición pueden presentarse e incluso tienen alguna posibilidad de ganar.⁷³ Los politólogos han estudiado las estrategias, los fraudes y los abusos burocráticos que los autócratas de todo el mundo han utilizado para asegurarse la victoria.⁷⁴ Algunos estudian la forma en que los dictadores controlan los medios de comunicación. Otros analizan cómo se

73. Levitsky y Way, *Competitive Authoritarianism*. Véanse también Gandhi y Lust-Okar, «Elections under Authoritarianism», y Kendall-Taylor y Frantz, «Mimicking Democracy to Prolong Autocracies». En la práctica, nuestra distinción entre dictaduras de la manipulación y del miedo apenas se corresponde con la de Levitsky y Way entre regímenes «autoritarios competitivos» y «totalmente autoritarios» (véase el suplemento online en inglés, tabla OS1.5). Sólo el 34 por ciento de los país-años (*country-years*) que nosotros consideramos que transcurren en dictaduras de la manipulación son clasificados por Levitsky y Way como autoritarios competitivos. Asimismo, sólo el 33 por ciento de los país-años autoritarios competitivos de la muestra de Levitsky y Way eran dictaduras de la manipulación. Muchos regímenes autoritarios competitivos recurren a una considerable represión violenta para sembrar el miedo, por lo que no son dictaduras de la manipulación (por ejemplo, el de Robert Mugabe, en Zimbabue, y el de Daniel arap Moi, en Kenia). Y muchas dictaduras de la manipulación celebran elecciones que no son en absoluto competitivas, por lo que no son regímenes autoritarios competitivos (por ejemplo, el de Lee Kuan Yew y sus sucesores, en Singapur, y el de Nazarbayev, en Kazajistán).

74. Sobre los Estados postsoviéticos, véase Wilson, *Virtual Politics*; sobre el Sudeste Asiático, Morgenbesser, *Behind the Façade*, «The Menu of Autocratic Innovation», y *The Rise of Sophisticated Authoritarianism in Southeast Asia*; George, *Singapore, Incomplete*; y Rajah, *Authoritarian Rule of Law*. Sobre Egipto, véase Blaydes, *Elections and Distributive Politics in Mubarak's Egypt*; sobre América Latina, entre otros, Schedler, «The Menu of Manipulation»; sobre África, entre otros, Cheeseman y Klaas, *How to Rig an Election*, y Cheeseman y Fisher, *Authoritarian Africa*.

utilizan las nuevas tecnologías de la información y de vigilancia para aumentar la represión.⁷⁵

Nos hemos basado en estas ideas. Nuestro objetivo es sintetizarlas e integrarlas, al mismo tiempo que sugerimos una lógica general. (En algunos puntos, no estaremos de acuerdo con las interpretaciones de nuestros colegas.) La conclusión es que los dictadores de la manipulación no son tiranos violentos de la vieja escuela que han aprendido algunos trucos nuevos. Lo que han creado es una estrategia distinta e internamente coherente. Los elementos clave —la manipulación de los medios de comunicación, la gestión de la popularidad, la simulación de la democracia, la limitación de la violencia pública y la apertura al mundo— se complementan para producir un modelo de gobernanza no libre que se está propagando. Comprender esto no es sólo un reto intelectual: es fundamental para que Occidente pueda responder de manera efectiva.

Las reglas de la manipulación

Aunque han adquirido relevancia hace poco, las dictaduras de la manipulación no son del todo nuevas. De hecho, algunas ideas sobre ellas tienen cientos de años. Desde los antiguos griegos, la mayoría de quienes han escrito sobre la tiranía se han centrado en las dictaduras del miedo. Los gobernantes matan, torturan, encarcelan y amenazan a sus súbditos para asegurarse la obediencia; y espían a los ciudadanos y siembran la desconfianza entre ellos. Aristóteles llamó a estos métodos «las artes persas y bárbaras».⁷⁶ Montesquieu aludió al «brazo del príncipe siempre levantado», siempre listo para golpear.⁷⁷ El miedo, escribió, «debe acabar con el valor de todos y extinguir hasta el más mínimo sentimiento de ambición».⁷⁸ Algunos teóricos más recientes, como

75. Por ejemplo, Kendall-Taylor, Frantz y Wright, «The Digital Dictators»; Dragu y Lupu, «Digital Authoritarianism».

76. Aristóteles, *The Politics* (en Everson, ed.), pp. 145-147 (libro 5, cap. 11).

77. Montesquieu, *Del espíritu de las leyes* (libro 3, cap. 3).

78. *Ibidem* (libro 3, cap. 9).

Franz Neumann y Hannah Arendt, consideraron el terror, junto con la ideología, la esencia de la dictadura moderna.⁷⁹

Sin embargo, desde el principio, algunos pensadores consideraron otra posibilidad. Además del «viejo método tradicional», Aristóteles describió una segunda estrategia. Este segundo tipo de gobernante afirmaba que no era un usurpador violento, sino «un administrador y un rey», que gobernaba en beneficio de todos. Gastaba dinero en «adornar y mejorar su ciudad» y cultivaba una imagen de moderación y piedad. Aunque seguía siendo un tirano, que gobernaba en su propio interés, trataba de parecer «no severo, sino digno».⁸⁰ Inspiraba más reverencia que miedo. Aunque estaban esclavizados, sus súbditos no se daban cuenta.

Más tarde, en una línea similar, Maquiavelo aconsejó a los príncipes que utilizaran «la simulación y el disimulo».⁸¹ Dado que la mayoría de las personas se dejan influir por las apariencias más que por la realidad, un gobernante ambicioso debe crear ilusiones. «No es necesario que tenga todas las buenas cualidades [...] pero debe parecer que las tiene.»⁸² Cómo engañar a la gente depende del contexto: «El príncipe puede ganarse el favor popular de muchas maneras». Pero conseguir el apoyo público es crucial. «Sólo diré, en conclusión, que un príncipe debe tener al pueblo de su lado.»⁸³

Los dictadores de la manipulación siguen el consejo de Ma-

79. Véase Boesche, *Theories of Tyranny from Plato to Arendt*, cap. 10.

80. Aristóteles, *The Politics* (en Everson, ed.), pp. 147-150 (libro 5, cap. 11). Aristóteles define seis tipos principales de gobierno, cuya distinción se basa en quién gobierna y en interés de quién. Un gobernante único que gobierna en el interés común es un rey, mientras que el que gobierna en su propio interés es un tirano. (Los otros tipos son: la aristocracia, es decir, el gobierno de unos pocos en el interés común; la oligarquía, el gobierno de unos pocos en su propio interés; la *politeia*, o gobierno constitucional, el gobierno de muchos en el interés común; la democracia, el gobierno de muchos en su propio interés.) Véase ibídem, libro 3, cap. 7.

81. Maquiavelo, *El príncipe*.

82. Ibídem. Véase también Maquiavelo, *Discursos*.

83. Maquiavelo, *El príncipe*. Para Maquiavelo (Machiavelli), el engaño nunca sustituye por completo a la violencia. Un príncipe tiene que ser tanto un león como un zorro (p. 74). Sin embargo, en una época democrática, es difícil

quiavelo e imitan al segundo tipo de tirano de Aristóteles. En lugar de intimidar a los ciudadanos para someterlos, utilizan el engaño para ganarse al pueblo. Gobernar de esta forma implica seguir algunas reglas.

La primera es *ser popular*. A diferencia de los déspotas clásicos, los dictadores de la manipulación deben preocuparse por los índices de aprobación. Como señaló Maquiavelo, pueden ganarse el favor popular de varias maneras. Los buenos resultados económicos ayudan. En cualquier régimen, la prosperidad tiende a aumentar el atractivo del gobernante.⁸⁴ Esto tiene una importancia enorme y no debe olvidarse, aunque aquí nos centramos en otras vías complementarias para conseguir la popularidad. Si la economía crece, los ciudadanos deducen que el líder debe ser un gestor hábil. Cuando pueden, los líderes de cualquier tipo —demócratas y autoritarios— se atribuyen el mérito del auge de los mercados.

Sin embargo, ninguna economía crece para siempre. Así que cada tipo de autócrata invierte en una forma alternativa de apoyo. Los dictadores del miedo utilizan la represión para contener el descontento cuando la economía va mal; se aseguran de que los ciudadanos estén demasiado asustados para protestar. Los dictadores de la manipulación pueden acabar utilizando la represión como último recurso y volver al método de la vieja escuela. Pero eso significa renunciar a una amplia popularidad. Su primera línea de defensa, cuando la verdad se vuelve en su contra, es distorsionarla. Manipulan la información.

Para hacer esto con eficacia, los dictadores de la manipulación necesitan ser previsores; en los buenos tiempos, se preparan para los malos. Se atribuyen el mérito de los éxitos, incluso los debidos a la suerte, y se construyen una reputación de «profesionalidad»; y, al igual que el segundo tipo de tirano de Aristóteles, fingen gobernar en beneficio de todos. Al mismo tiempo, consolidan el control sobre los medios de comunicación. Suelen hacer-

casar la violencia con la imagen de benevolencia que cultivan los dictadores de la manipulación.

84. Guriev y Treisman, «The Popularity of Authoritarian Leaders».

lo con discreción, para mantener la credibilidad, comprando a los propietarios y fomentando la autocensura. Esto les permite, en momentos más difíciles, desviar la atención de los resultados decepcionantes y reorientar la culpa hacia otros. A pesar de los fracasos, los dictadores de la manipulación pueden seguir siendo populares durante un tiempo.

Por supuesto, no son los primeros en manipular la información. Algunos líderes totalitarios del siglo xx fueron propagandistas innovadores. Lo que es diferente es *cómo* distorsionan las noticias. Los dictadores del miedo clásicos imponían ideologías elaboradas y rituales de lealtad. Su control era exhaustivo; su propaganda, intimidante. Algunos fueron acusados de lavarles el cerebro a sus ciudadanos. Los dictadores de la manipulación utilizan métodos más sutiles: menos *agitprop* maoísta, más Madison Avenue (la calle de Nueva York en la que tradicionalmente se encontraban las agencias de publicidad). Y el contenido es diferente. Si a los hombres fuertes del siglo xx les gustaba la imaginación violenta —recuérdese la «daga envenenada» de Sadam—, los dictadores de la manipulación adoptan una retórica de la competencia y la experiencia más agradable, a veces con un ligero barniz socialista o nacionalista.

Cuando la realidad es buena, se atribuyen el mérito; cuando es mala, hacen que los medios la oculten cuando es posible y que pongan excusas cuando no. Un resultado mediocre es culpa de las condiciones externas o de los enemigos. Y los desenlaces decepcionantes se presentan como mejores de lo que podrían conseguir los demás. Los dictadores comparan su liderazgo con una pseudoalternativa muy poco atractiva, elegida para hacerlos parecer mejores. Los periodistas leales calumnian a cualquier rival genuino. En todo momento, el dictador plantea los temas y establece la agenda pública en su beneficio.

Cuando esto funciona, los dictadores de la manipulación son queridos en lugar de temidos. Durante veinte años, la aprobación respecto a Putin nunca bajó del 60 por ciento. Incluso los adversarios de Chávez reconocían su popularidad. Pero no todo el mundo los quiere. En cualquier sociedad moderna, ya sea autoritaria o democrática, se puede dividir a la gente en dos grupos.